

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

El mayor portento del mundo.

(Continuación.)

En efecto; ese ódio universal y ese universal criterio contra el Hijo de Dios es el mayor portento de perversidad que han visto los siglos. Vémoslo.

Cuando la naturaleza y la gracia han concurrido á engrandecer con sus bellezas y excelencias, con sus dones y prerogativas á una persona escogida por Dios para hacer ostentación de sus riquezas infinitas, todas las miradas se fijan en esa obra predilecta de las manos divinas. En todos los tiempos y lugares, en todos los climas y en todas las civilizaciones, esas grandes virtudes han sido fundamento de universal estimación, y la estimación ha sido causa y fundamento de ardiente amor y de universa-

les simpatías. Basta poner los ojos en nuestro Señor Jesucristo, vivo compendio de toda bondad, y dechado infinito de toda belleza, para ver reunidas en su divina persona todas aquellas perfecciones que cautivan la admiración de las gentes, y arrastran en pos con mas fuerza que el iman el hierro el corazón de los hombres. Queriendo Casiodoro encomiar la grandeza de Roma, decía: Siete son las maravillas del mundo, pero la ciudad de Roma es el compendio de todas las maravillas. Mejor es y mas justo el panégyrico que hace de Jesucristo el gran Apóstol de las gentes cuando dice que *Dios recapituló en Él todas las perfecciones que hay en los cielos y en la tierra*, Los poetas gentiles inventaron un tipo perfectísimo, llamado Faeton y fingieron que los dioses se habían es-

merado en la formación de su obra, poniendo cada uno lo mejor y mas bello que tenia en los tesoros de su poder y de su sabiduría. Esta fábula poética está muy lejos de la realidad histórica que se ofrece á nuestra contemplación en la adorable persona de nuestro Señor Jesucristo, Dios verdadero y hombre perfectísimo, en quien habita la plenitud de las perfecciones divinas y humanas, creadas é increadas. ¿Quién mas amable que el Hijo de María? ¿Quién mas bondadoso y caritativo? Atestigua Santa Brígida, y su testimonio está de acuerdo con el Evangelio que en viendo á Jesús y con solo verle se alegraban los tristes, se consolaban los afligidos, cobraban aliento los fatigados y se convertian los pecadores. Cayo Lentulo que tuvo la fortuna de ver á Jesús y contemplar su divino rostro, confesó que la magestad de su persona, y las gracias que brillaban en sus mejillas excedian la humana perfección y le hacian aparecer como lo que era, á saber; como verdadero Dios hecho nombre para dicha y alegría de los hombres. Sus ojos brillaban como dos luceros, y su mirada humilde á un tiempo y fascinadora atraía las almas y ganaba los corazones. Y no es maravilla porque según

San Gerónimo en los ojos de Jesús había algo de divino que obraba sobre los espíritus. *Erat quiddam divinum in oculis Jesu* (1).

¿Qué diremos de su admirable santidad? Los ángeles del cielo cantan al Santo de los Santos, y los hombres repiten en la tierra: Santo, Santo, Santo. ¿Quién pudo acusarle jamás, ó convencerle de pecado? ¿Qué cosa más amable que su palabra? ¿Qué cosa más suave, más tierna y más eficaz que su sencilla y encantadora elocuencia? Por la elocuencia llegó á ser Demostenes omnipotente en Atenas, Ciceron en Roma, y otros muchos dominaron las naciones. Los poetas para pintar el poder de la elocuencia fingieron que Hércules Galicio ató las orejas de los pueblos con cadenas de oro que salian de su boca. Pero ¿qué elocuencia puede compararse con la facundia de aquél que es el Verbo, la Palabra eterna? A ningun orador, á ningun tribuno se ha dicho como á Jesucristo: Tú tienes palabras de vida eterna, en tus lábios se ha derramado la gracia, y tu boca es como rico palmar que destila sabrosa y delicada miel.

Z. M.

(Se continuará.)

(1) De laud. Paul.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

Mi maestro Flessing.

Pobre Flessing!... Sí, así era como todos lo llamaban, á causa de su aire triste, de su aspecto encogido, y del mal estado de su traje.

Que traje el suyo, Dios mío! Una casaca verde botella muy raída, con un gran cuello y faldones en forma de cola de bacalao; un chaleco amarillo muy largo; unos calzones de satén negro, que habia tomado un tinte rojizo á fuerza de años y de servicios; medias de color de canela; grandes zapatos con lazos; y un sombrero de forma extraña anchas alas y largos pelos grises: hé aquí las prendas que lo componian... Pero me olvidaba del cuello postizo, de la corbata de muselina blanca con puntos azules, que daba dos ó tres vueltas al cuello, de su peluca con la coleta trenzada, y sobre todo del enorme paraguas encarnado que no le abandonaba jamás.

Venia á casa, no sé desde cuando, al comenzar yo mis lecciones de dibujo con él. Antes las habia dado á mis hermanos mayores, y las daba aún á mi hermana cuando yo comencé.

Debo confesar que así como la hermana era una niña dulce, atenta, que honraba á todos sus maestros, por su talento y por su aplicacion, el hermano no se le parecia en nada; antes al contrario..... Pero con los hechos que voy á referiros comenzó su enmienda... y luego, mas adelante, la primera comunión hizo el resto.

Yo era pues como os digo un verdade-

ro diablillo; imposible tenerme dos minutos seguidos en la misma postura. Imaginad ahora los adelantos que haria en el dibujo. Mis bocas y mis narices eran espantosas. Si no hubiera llevado peluca, el pobre Flessing se habria arrancado los cabellos de desesperacion, al ver que todas las observaciones y toda su dulzura no bastaban á hacerme entrar en razon.

Era preciso oirlo, cuando corregia mis dibujos.

—Ah! monsieur Jean! Cómo!... no veis que vuestra nariz está torcida?

La nariz era tres ó cuatro veces mayor que el modelo, y representaba exactamente el pico de un lorito.

—Y la boca!... Dios mío!

Y levantaba al decir esto por encima de la cabeza, sus manos flacas y descarnadas, suspiraba con desaliento; y luego se quitaba sus anteojos, que limpiaba frenéticamente con los faldones de la casaca, repitiendo desconsolado:

—Ah! *mein Gott, mein Gott!*... (1) Era su exclamacion favorita.

Sin embargo, mientras mi hermana dió leccion de dibujo, todavía fui tolerable; y aún pude, á fuerza de correcciones presentar á mi padre algunos dibujos pasaderos. Pero desde que mi hermana cesó, y no me vi estimulado por sus consejos y su ejemplo, nada hice ya de provecho.

Hubiera debido no obstante reparar, en que mi buen maestro se habia desvanecido casi, al darle la noticia de que en adelante solo tendria un discipulo.

(1) En español «Dios mío! Dios mío!»

El pobre se volvía viejo, su traje estaba mas gastado cada dia, la chorrera de su camisa mas lacia y sus anteojos mas turbios. Alguna vez lo habia sorprendido, vuelto de espaldas, comiendo un panecillo de un *sou*....

Un dia advertí no llevaba ya los grandes dijes de plata que pendian de la cadena de su reloj. Despues le llegó la vez á la tabaquera: una hermosa tabaquera esmaltada, regalo de uno de sus antiguos discipulos del tiempo de la prosperidad; un principe quizá. En cambio sacó del bolsillo, cuando quiso tomar tabaco, una tabaquera de papel.

Pero acaso podia yo entonces imaginarme, mimado como estaba por mis padres y por mis hermanos, que pudiera nadie de este mundo carecer de lo necesario?

Muy pronto, no contento con hacer mis narices y mis bocas, mas caprichosamente aún que de ordinario, y de dar á los perfiles griegos y romanos el corte de una cara de polichinela, me ocurrió hacer la caricatura de mi maestro; y en lugar de seguir con la vista las moscas que volaban en el rayo de sol, de bostezar, y de modelar muñecos de miga de pan, me entretenia pintando en todas las actitudes posibles al pobre Flessing.

Unas veces parecía entrar, con su gran peluca rizada y el paraguas bajo el brazo derecho, saludando, con la mano puesta sobre el corazon, y tan bajo que la coleta de la peluca quedaba vertical, y el puño del paraguas iba á derribar el jarron de flores puesto sobre el velador del centro de la sala. En otros dibujos mi maestro estaba derecho, afir-

tando un lapicero, ó bien limpiando sus anteojos, ó tomando tabaco; y siempre con la coleta de la peluca, ahora á la derecha, ahora á la izquierda, en las posiciones mas inverosimiles....

Pero Dios que nunca deja sin castigo una mala accion velaba; y oíd, en prueba de ello, lo que me sucedió.

Una mañana mi padre se puso por casualidad á registrar mi cartera. Tal vez reiria á la vista de todos aquellos Flessings; pero cuando me mandó llamar no reia, os lo aseguro.

—Qué significa todo esto Juan? me dijo con aire severo.

Yo no me atreví á contestar, como supondreis: estaba rojo de vergüenza, con los ojos bajos, y empezaba á comprender que habia obrado muy mal.

—Está bien, añadió mi padre, cuando venga Mr. Flessing; hablaremos de todo.

Poco despues llegó en efecto Mr. Flessing, y á seguida mi padre lo llevó á su gabinete. Despues me hizo llamar. Cuando entré, Mr. Flessing decía:

—Es cierto; sí, está mal hecho, pero...

—Mr. Flessing, exclamé yo, no lo haré mas, os lo juro! .

Pero mi padre me interrumpió diciendo:

—No es así, Mr. Flessing? Ya que Juan no quiere aprender, es inútil que se le enseñe, y desde hoy vá á cesar en sus lecciones.

Ahl si mi padre hubiera mirado en aquel momento á mi profesor, no habria hablado así. Se puso pálido, los anteojos se escaparon de sus manos, el paraguas se deslizó hasta el suelo, y suspiró, casi sollozando, su eterno:

—Ahl *mein Gott, mein Gott.*

Pero cuando mi padre lo vió, habia recobrado su aire habitual, y dijo con voz firme:

—Sí; tenéis razon, señor..... Manifestaba sin embargo buenas disposiciones para el dibujo.... Muchas gracias, señor; habeis sido siempre muy bueno para mí. Pero, nó.... me pagais demasiado! Son diez lecciones solamente; y á tres francos hacen treinta francos y no cincuenta..

—Mr. Flessing! os suplico....

—Nó; no los he ganado, mi buen señor; nó; yo no puedo; dispénsadme. Adios Mr. Juan..... Adios!...

Ciertamente yo no tenia entonces gana de reir; sentia oprimirse el corazon. Mi padre se paseaba á lo largo del cuarto, y yo pensaba en no sé en cuantas cosas á la vez.

Pobre Mr. Flessing! No queria recibir sino lo que habia ganado!... y yo que me habia burlado de él! Me acordaba en aquél momento, del panecillo que le habia visto comer tantas veces, vuelto de espaldas. Mas; porqué se habia puesto tan pálido, al oír á mi padre que no valia la pena de perder el tiempo enseñándome el dibujo?... Seria acaso yo su único discípulo!... de todos modos yo queria ir á pedirle perdon....

—Padre, dije de pronto resueltamente, quisiera, ir á ver á Mr. Flessing.

—Para qué?

—Porque me he portado muy mal con él; quiero decirselo y además....

—Además, qué?... Vamos!....

—Es que.... Come tan solo un panecillo de un *sou* para almorzar; y lleva siempre el mismo traje, tan gastado.....

—De veras.... ¿Has pensado en esto, hijo mio?... Ven, abrázame y parlamos.

—Ireis pues conmigo padre mio?

—Oh! sí, ciertamente. .

—Os lo prometo; en adelante seré muy otro. Yo trabajaré. . así no creará que no ha ganado lo que le deis. .

Y sin mas, hénos aqui en marcha, hácia la calle de *Saint Jacques*, una de las peores calles de Paris, en que hay tantas calles hermosas, y donde las que no lo son parecen por eso mismo, mas horribles aún.

Al acercarnos á ella, lo confieso, estaba de mal humor, pensando iba á tener que pedir perdon por mi falta. El orgullo, que se desliza siempre como una serpiente en el corazon del hombre! Pero era demasiado tarde para volver atrás; y, debo decirlo, la verdad es que aún cuando mi padre me lo hubiera propuesto, no habria consentido, en retroceder.

La casa en que habitaba Mr. Flessing era una de las mas pobres de aquella calle miserable. Subimos una escalera muy oscura, y comenzábamos á recorrer un pasadizo, mas oscuro aún; cuando nos detuvo el sonido de un violoncelo, de ese instrumento cuyas notas graves son tan dulces, pero cuya gravedad parece dar un tinte de tristeza á todas las composiciones. Y el violoncelista ejecutaba una balada bien triste: el *Adios* de Schubert. Sin saber por qué me eché á llorar; pero mis lágrimas me daban un consuelo que no sabré explicar. La música produce á veces efectos sem jantes.

Cuando terminó la balada, me dirigí hácia la puerta de la habitacion en que

se había oído, y que era justamente la que ocupaba Mr. Flessing con su hermana Minna; una pobre señora de más edad que él y medio parálitica: pero mi padre me detuvo, haciendo señas para que escuchara.

Una voz de mujer, muy dulce, decía:

—¿Qué tienes Frantz? Estás triste... dime, qué te ha sucedido?... Jamás te has puesto á tocar el violoncelo sin confiarle tu pensamiento. Si estás alegre, parece reír; si sufres, hora: y el aire que acabas de tocar es desesperado... Dime qué te ha sucedido?...

—No tengo nada Minna, tranquilízate; nada me ha sucedido.

—Ven aquí: Frantz, mírame... ¿Yo quieres?... Si mis pobres piernas pudieran sostenerme no me engañarías... No iría á leer en tus ojos, y lo sabría todo...

Hubo un momento de silencio; despues la misma voz de mujer, exclamó de pronto:

—Pero... ya lo sé Frantz; es que las lecciones disminuyen y tú te desesperas por mí... ¿no es esto? Pues bien, no importa: reduciremos mas aun nuestros gastos; yo estoy mejor, ya lo ves; puedo dejar muchas cosas....

—Pero, Minna eso es imposible!.. el médico lo manda.... y los discípulos se van!...

—Sí; ya he adivinado que no tenias la leccion que te daba sesenta francos al mes; pero te quedan las de los dos niños de enfrente, que te pagan quince francos entre los dos, por el dibujo y la música; y la del pequeño Juan, el hermano de la señorita Luisa que pintaba tan bien, y de la que tanto me hablabas. Vienes

ahora de allí? Sigue siendo siempre tan aplicado?

—Mucho, Minna, Mucho... ¡Ah! si tú supieras cómo se aplica!... Tiene mucha disposicion..... ¡Ah! *mein Gott! mein Gott!*....

—Ven aquí Frantz, por favor!.... Sí, ya lo comprendo, has perdido tambien esa leccion!.... ¿Está acaso enfermo?... Pero... tu lloras!.... ¿Qué tienes?... Por Dios! hermano mio!....

—No tenemos ya nada, Minna! lo oyes? nada!... Ha sido el último golpe!... Estoy desesperado!...

—Desesperado Frantz! y Dios?... Te olvidas acaso de El?

—Minna!...

—Vamos, Frantz! Perdóname, es menester que no lo olvidemos. Si Dios nos manda esta prueba, será sin duda para nuestro bien... Si, es menester que acudamos á Él, que acudamos á Jesús que derramó toda su sangre por nosotros, á la Virgen de los Dolores que vió espirar á su Hijo entre horribles tormentos... Vamos, Frantz!... vamos, valor!...

La voz calló: solo se oía un rumor suave, como el murmullo de una plegaria. Yo lloraba, y tanto que mi padre me llevó al otro extremo del corredor para que no me oyese.

Pocos minutos despues, con los ojos enrojecidos aún, entrabámos en el cuarto.

Imaginad la sorpresa de los dos hermanos.

—Ah! *mein Gott! mein Gott!* exclamaron á un mismo tiempo.

Yo corrí á abrazar á mi maestro, diciéndole con voz entrecortada por la emocion.

—Si quisierais perdonarme, Mr. Flessing!... Quiero aprender de veras el dibujo: me aplicaré mucho, ya vereis Mr. Flessing... Mi padre os dirá tambien que quiere que aprenda...

Mr. Flessing vacilaba.

Entonces mi padre le dijo:

—Os lo suplico, Mr. Flessing; tened la bondad de venir otra vez á casa, desde mañana. Quería solamente dar una leccion á Juanito, que ha comprendido su falta y espera se la perdonareis. Y para aprovechar sus buenas disposiciones, venid cinco veces por semana en vez de tres. Me ofenderiais si rehusais...

Yo habia cogido entre las mias una de las manos de Mr. Flessing que acariciaba con la otra mis cabellos. En aquel momento me sentía completamente feliz; como lo es uno siempre, cuando se arrepiente, cuando hace bien á los demás, cuando se sigue el buen camino que es el de la abnegacion, el de la caridad, el del amor al prójimo.

Entre tanto mi padre se habia puesto á hablar con la hermana del maestro, que era una ancianita pálida con cabellos blancos, rizados naturalmente, y cuyas pequeñas manos cubiertas con mitones negros de lana, trabajaban sin cesar.

—Ah! señorita, sabeis que son preciosos vuestros *fichus* de punto? Será preciso os encargueis de hacer uno para cada una de mis hijas. Trabajais como una hada... Luisa vendrá á veros y á que le enseñeis vuestras labores.

En fin, que más? Mr. Flessing volvió á darme leccion; mi padre le proporcionó otros discípulos; y, muy pronto, mi her-

mana Luisa y yo contamos entre nuestros mayores placeres, el de ir á su casa á oírle tocar el violoncelo.

Y qué alegría cuando pudimos comprarle con nuestros ahorros una tabaquera de plata y la deslizamos sin que lo advirtiese en el bolsillo de su casaca!

Me parece ver todavía su sorpresa, cuando al ir á buscar el papel en que guardaba el rapé, y que le habíamos quitado, la sacó del bolsillo y vió su nombre grabado en la tapa; y oírle decir como siempre, adivinando nuestra intervencion en aquella metamorfosis inesperada con lágrimas en los ojos.

¡Ah *mein Gott! mein Gott!*

Si; en aquel momento me parecia mas odiosa que nunca mi conducta, al hacer las caricaturas que habian sido de alguna manera la causa de todo y comprendia mejor, que no debemos burlarnos jamas de nadie, y menos de los buenos corazones, de las almas sencillas y creyentes; aun cuando vayan acompañadas de una peluca con coleta, de una casaca raída y de un paraguas encarnado como el de mi maestro el pobre Flessing.

(De *L' Illustré pour Tous.*)

—
Ejemplo de humildad.—Su Eminencia el Cardenal Pecci, hermano de Su Santidad, acaba de dar un buen ejemplo de humildad y al mismo tiempo de fidelidad á su vocacion, pidiendo permiso para pronunciar los solemnes votos como miembro de la Compañía de Jesús, á la que perteneci6, antes de los acontecimientos de la república romana en 1848. El Soberano Pontífice y el General de

la Compañía han accedido á su deseo con la condicion de que no deje de permanecer al Sagrado Colegio, y siga llevando la púrpura Cardenalicia como ornamento añadido al de sus propias virtudes y su gran saber.

—=—

Buen acuerdo.—Ha sido al fin acordado por el Gobierno y aprobado por la Santa Sede que la mitad de las canonjías y beneficios que vaquen en lo sucesivo en las Iglesias Catedrales se provean por oposicion, y la otra mitad entre los Sacerdotes de más mérito en las respectivas Diócesis.

—=—

Hecho consolador.—Un matrimonio que apostató hace algun tiempo de la fé católica se ha convertido en estos últimos días, y pronto hará pública retractacion de sus errores, y recibirán al mismo tiempo en una parroquia de Madrid las saludables aguas del bautismo todos sus hijos, que hasta ahora permanecian sin bautizar.

—=—

La liga del Ave-María.—Siendo, pues, la revolucion satánica, debe ser combatida por medios sobrenaturales. «Esta clase de demonios, dijo Nuestro Señor Jesucristo, solo puede ser vencida por la oracion y el ayuno.» La oración, sobre todo á María, cuya mision ha sido aplastar la cabeza de la serpiente, y que ha triunfado siempre de todas las herejías é invenciones diabólicas, y el ayuno, es decir, la mortificacion y el sacrificio bajo todas sus formas.

Este ha sido el motivo porque en Francia el periódico *La Cruz* ha tenido la

feliz idea de fundar una Asociacion con el título de *La Liga del Ave-María* para combatir al satanismo revolucionario invitando á tomar parte en esta Cruzada á hombres, mujeres, ancianos, jóvenes y niños.

Su único compromiso: es rezar el Ave-Maria siempre que su amor á Francia y á la Santa Iglesia se lo inspire; Francia ha aceptado con tal entusiasmo su invitacion, que el citado periódico recibe cada día mas nu merosas adhesiones á su no-pensamiento.

No podemos menos de aplaudir tan eficaz y religioso propósito, y quisiéramos, y así lo pedimos humildemente á Dios, que se haga lo mismo en nuestra España, devotísima de la Santísima Virgen y tan dominada por la revolucion.

—=—

Hermoso ejemplo.—En Cormons, frontera italo-austríaca, fueron robadas hace unos días todas las joyas de la Virgen del Rosario procedentes de obsequios piadosos de los vecinos del pueblo; inmediatamente que se hizo público tan sacrilego robo, se dirigieron á la Iglesia las señoras, y desprendiéndose de sus joyas, cedieron á la Virgen mas y mejores que las robadas.

